



UN VOLCAN EN LA LUNA.

El grabado representa una montaña de la luna que Hevelio llama el monte Ligustino, y Riccioli el monte Aristillo. Esta singular apariencia de una parte de la superficie lunar está reproducida tal como la presenta un anteojo que muestra al revés los objetos y en una posición en que los rayos del sol, terminando en el ojo del observador, hacen un ángulo de cerca de 45 grados con la superficie. La reducción, para el conjunto del paisaje, es de un duodécimo de pulgada por milla; la milla romana es de 7½ al grado; corresponde á 1,482 metros franceses, y la pulgada romana vale 0,= 0249, lo que da una reducción en la relación de 1 á 746,400 próximamente. La extensión de tierra, ó mas bien de luna que se tiene á la vista, es de cerca de 100 á 110 kilómetros de longitud.

Un astrónomo extranjero, el caballero Decuppis, es el que ha dirigido esta carta á Roma, según las observaciones hechas con ayuda del célebre y poderoso telescopio de Canchona.

El monte Ligustino presenta todos los caracteres de un volcan apagado. El diámetro del cráter, A, es de cerca de 56 kilómetros. El punto mas elevado de su circunferencia, B, tiene cerca de 2,006 metros sobre el fondo de la cavidad; el punto opuesto, E, se eleva á cerca de 2,012 metros. En el centro del cráter se eleva un cono de 876 metros de altura, y á su lado se nota otro mas pequeño. El fondo del cráter, observado atentamente y en circunstancias favorables, parece cubierto de asperezas, que se supone indican piedras y porciones de lava. De este volcan parten cinco ramificaciones de elevaciones menos pronunciadas. Sobre estas crestas se elevan agujas, especie de pirámides ó obeliscos naturales, semejantes á las columnas basálticas que se encuentran en diversas comarcas de nuestro globo. La aguja mas elevada, B, es de 1,519 metros de altura; cuando fué observada por la primera vez, su sombra se proyectaba á lo lejos, su punta está sola iluminada por el sol, descomponía la luz y presentaba el color del primas, lo que ha dado lugar á conjeturar que esta aguja gigantesca es compoñia de una materia vídriosa.

En la dirección del Mediodía, el monte Ligustino está unido á una montaña mas pequeña llamada Autólico, C, cuyo cráter tiene 87 kilómetros y medio de diámetro: se ha observado en el fondo de este cráter un cono central, pero no existen agujas cerca de sus pendientes.

Estas dos montañas estan situadas, como dos islas, en medio de la parte meridional de una comarca lunar conocida de los astrónomos bajo el nombre de *La mar de lluvia*, F, que está tambien designada en su parte occidental, bajo el nombre de *Lagunas de putrefacción*.

## LAS RUINAS DE LAS BESAS Y EL PUEBLO DE CERVIA.

Si la historia fuera bastante capaz para ocuparse indistintamente de todos los hombres; si las acciones heroicas del triste soldado y los hechos beneméritos del paisano oscuro, pudieran escribirse al lado de las de los grandes generales, y en general de aquellos que la suerte

y la fortuna han elevado sobre sus hermanos, y si las pequeñas poblaciones, á la par que las grandes capitales, merecieran ocupar una página de ese libro, á fin de transmitir á la posteridad los sucesos notables, que inmortalizarían tal vez el nombre y la patria de mas de un héroe; á buen seguro que no se ignorarían tantas cosas dignas de saberse, ni serían tan confusas tantas tradiciones que se conservan apenas, y que constituyen como una sucinta crónica de los pueblos. Mas siendo esto imposible, es tambien indispensable que por mas grandes que sean las hazañas de un hombre del vulgo, y aunque incalculables los sacrificios de una poblacion pequeña, pasen desapercibidos ó queden pronto sepultados en la noche del olvido, y gracias á su enormidad ó inaudito mérito, si la memoria de algunos ha logrado pasar al través de un corto número de generaciones. Sugiriéndonos estas reflexiones las profundas sensaciones que en nosotros despertó la vista de un objeto muy triste, que viajando dias atrás por las riuueñas riberas del pequeño río Set, se presentó á nuestra vista.

Eran unas extensas ruinas que, situadas á la vertiente de una pequeña loma, cuyos pies, murmurando tristemente baña el mismo riachuelo, advierten sin cesar la inestabilidad de las cosas humanas al mas distraído filósofo que por allí á pasar acierte. Una iglesia, si bien bastante desmoronada por la mano destructora del tiempo, casi entera, los restos de muchas casas, algunas de las cuales se conservan aun en pié, á pesar de estar descubiertas y tener algunas aves nocturnas por únicos moradores, y algunos lienzos de una pared muy fuerte, pertenecientes á un antiguo castillo feudal de la edad media, que situado en lo mas alto de la loma, parecería algun dia el rey de la comarca; hé aqui lo que no puede dejar de llamar vivamente la atención del viajero que por primera vez sigue el camino que desde la ciudad de Lérida conduce á Cornudella y á las Garrigas. De mí al menos sé decir, que pudiendo resistir apenas al impulso de mi admiración y curiosidad, penetré hasta el centro de aquellas ruinas, y profundamente afectado por tan triste perspectiva, me dejé caer mas bien que sentarme sobre una de aquellas mohosas y venerandas rocas, haciendo mil y mil congeturas sobre cual podia ser la causa del total abandono y destrucción del pueblo que allí, en época sin duda no muy remota, habia existido. No sé el tiempo que allí permaneciera si mi criado no hubiera venido á avisarme de que la noche iba entrando á toda prisa, y que apenas nos quedaba tiempo suficiente para llegar al término proyectado de nuestra jornada. Esto no obstante, no quise separarme de allí sin preguntar antes al conductor de un molino, que está allí muy inmediato, y manifestaré mis deseos de averiguar cabal y minuciosamente todo lo relativo al finebre objeto que me preocupaba. No llevó aquel buen hombre á mal mi demanda, y á fin de satisfacerme mas puntualmente, me instó á que pernoctase allí, para que le fuera fácil al dia siguiente presentarme á un respetable anciano, que como muy versado en las tradiciones del país, no dudaba que me daría cuantas explicaciones deseara.

Así se verificó puntualmente, y no bien la aurora del siguiente dia empezaba á asomar por las puertas de oriente, sacudiendo de sus ca-

bellos infinidad de líquidas perlas con que se engalanaban las plantas y sus flores, mirando embobados por el armonioso canto de mil suertes de pintados pajarillos, que estallaban al radiante Felo, que pronto había de venir, nos encaminamos á un vecino lugarejo, donde al frente de una antigua casa encontramos un venerable octogenario, de calva frente y cabellos blancos, quien apoyado en su grueso húmero salía á dar un paseo matutino. Sombrero en mano nos inclinamos á la presencia de aquel respetable patriarca y le saludamos afectuosamente, mientras que él, con aquella cordialidad y franqueza que en vano trata de remedar la fingida política de las ciudades, nos devolvió el saludo, y nos introdujo en su casa. Mi huésped me dió luego á conocer; yo espuse á mi vez mis pretensiones, y después que aquel hombre nos hubo escuchado con singular bondad y agrado, y de habernos prometido satisfacer con gusto á cuantas preguntas tuviéramos á bien dirigirle, tomó un pedo de rapé y empezó su narración de la manera siguiente:

«Cuando en el año 1706 y siguientes, por todos los ángulos de la monarquía, y particularmente en este principado, arriólo fuertemente el huracán de aquella tan terrible cuanto asoladora guerra de sucesión, en que los catalanes, por su inaudito valor, constancia sin límites, amor sin par á las libertades y fueros del país, y celo ardiente por la independencia española, conquistaron el detestable, odioso é inmerecido dictado de *rebeldes*; los habitantes de las riberas del Set mostraron luego pertenecer á una nación de héroes, y con un calor y desprendimiento nada comunes, abrazaron también la causa que creyeran del país, lo cual, arrebatados un odio muy especial por parte del bando contrario, dió ocasión á que el saqueo, el ultraje y el asesinato estuvieran por aquí más de una vez á la orden del día. No obstante, poco á mi ver hubiera sido esto, si para oponerse á las fuerzas galo-hispanas que al mando del duque de Orleans invadían el país sitiando estrechamente la plaza de Lérida, después de haber rendido los de Mequenzana, Monzon y otras, en 1707 no se hubiesen organizado partidas de mil-gueteles, que si bien es verdad causaban al enemigo daños de consideración; esquilmando insensiblemente sus filas, lo es también que concitaban su ira contra los infelices é indefensos pueblos, que no pocas veces eran víctimas inocentes, inmolada al despecho y furor de los extranjeros, envueltos siempre de la prosperidad de nuestro suelo. Una de estas bandas, compuesta en su totalidad de gente de mal veje, y artándose poco á poco del objeto de su institución con insulto y escarnio del mismo gobierno que las creara, se declaró por último del todo independiente; transformose en una verdadera cuadrilla de ladrones, y apoyada en las asperezas de Prades y Monsant extendió sus correrías desde el campo de Tarragona hasta la vista de los llanos de Urgel, causando males sin cuento á los mismos pueblos que antes la habían protegido, de suerte que muchos se vieron precisados á resistir y perseguir en soledad á aquellos bandidos.

«El laborioso pueblo de las Besas fué uno de los que más se distinguieron en defensa de sus propiedades, de manera que sus calles se vieron á menudo regadas con la sangre impura de aquellos malhechores; mas si juntos y parapetados en sus casas eran sus vecinos bastante fuertes para oponerse á las invasiones de tan terribles enemigos, no así en los campos y caminos públicos, donde por precisión tenían que ir, se pena de perecer de hambre con sus mugeres é hijos. Así es que luego, después de haberse tan vigorosamente opuesto á las tropelías de aquellos que muy luego habían de dar al braste con sus bienes, con sus vidas, y lo que es más sensible aun, con su honor, se vieron los vecinos de las Besas poco menos que asediados en sus mismas casas, porque sus encarnizados enemigos habían jurado vengarse de los daños y afrentas que de ellos habían recibido. Mas abandonados á sus propios recursos, sin esperanza ni aun remota de protección ni ayuda de los dos gobiernos heligerantes, ocupados á la sazón más que nunca en ofender y defenderse mutuamente, y mucho menos de los pueblos vecinos, que no poco que hacer tenían en obsequio de la seguridad propia, preciso se vieron en la dura alternativa á de perecer todos de hambre, ó de salir á labrar sus campos para procurarse los indispensables medios de subsistencia, aunque fuera á la vista de una muerte casi segura, ó de hallar colectivamente la cerviz ante el ara eructa de aquellos caribes.

«Se adoptó el segundo extremo; mas poco tardaron en ser varios víctimas de su desesperado arrojó, cayendo por aquí y por allí, en los campos, en los caminos y en los bosques al filo de la cuchilla fratricida. Al espanto y dolor profundo por tales desgracias producido, un grito de terror resonó por aquellas calles: no faltaron con todo algunos, que cual otros numadinos, prefirieron á braxarse junto con la poca que les quedaba á la vista del enemigo, al dolor de ver profanadas sus moradas por tan inmunda esnalla; mas la mayoría pensó de otra manera, y aunque tarde se trató de proponer una transacción, si no honrosa, que prometiera al menos seguridad á los pocos que, hábiles para el trabajo, permanecían aun con vida. Escribíronse una especie de capitulaciones, que por dos mugeres fueron enviadas al enemigo, quien recibido con lo que él llamaba victoria, las llevó de insulto, inmen-

zas y dictorios, y no quiso darlas otra respuesta sino que se rindieran á discreción. Esta inesperada avogida redunda el amortiguado valor de unos, despierta el abatido orgullo de los demás, y todos, todos unánimes, juran anteponer una muerte honrosa á la bajeza de prosternarse de nuevo ante una pandilla feroz y colérica, cuyo único patrimonio era el del ladrón, cuyo único ley la del asesino. ¡Insensatos! ¿Cuán pronto el azote cruel del hambre propia, y más aun el triste aspecto de sus encinadas esposas y tiernos hijos, que escaldados ya y como espectros ambulantes no cesaban de llorar y pedir el necesario sustento, habían de probar á aquel puñado de héroes que no siempre el solo valor es suficiente para contrarrestar tamaños males! No obstante tanta contrariedad y desgracia, los vecinos de las Besas, dignos por cierto de mejor suerte, ponen en obra el único recurso que les queda, y se dedican al tráfico de algunos artículos, estableciendo algún comercio con las plazas de Vall y Neve; á cuyo efecto, cuando proviesen de lo necesario dejaban el pueblo bajo la custodia de sus caras esposas, salían de noche con el fin de burlar la vigilancia de sus mortales enemigos.

«Todas estas estratagemas y cálculos sirvieron solo para aumentar su despecho y rabia, y para multiplicar el número de mártires de las Besas, cuyos vecinos non tras otro fueron cayendo bajo el puñal de aquellos, quedando solo entre jóvenes de menos de doce años, y un viejo y cojo, que por su edad é imposibilidad física no podía mas que reanimar y consolar á sus compatriotas, y alentar el ánimo y guiar con sus consejos á sus cuatro compañeros. Imposible parece á primera vista que con tan rudos y repetidos golpes no cesase el ánimo de aquellos habitantes; mas no, mil veces por la comunidad de males, estableciendo la verdadera comunidad de bienes, hizo de ellos una tierra y única familia, cuya cabeza representaba el pobre cojo. Los cuatro jóvenes, incansables y perspicaces, descubrían nuevos medios, inventaban nuevas estratagemas, hacían continuos viajes, y burlando siempre el vigilante despecho de sus enemigos, aunque furtivamente, introducían víveres á sus hermanos. Así por bastante tiempo las cosas, y como se hubiesen minorado algun tanto sus males, empezaban las amazonas de las Besas á saborear algún tanto las dulzuras de la resignación, y se entregaban ya á algunos inocentes pasatiempos que muy pronto habían de acelerar su ruina.

«Tras un día placentero ocultose el sol en las ondas, enrojeciendo en su marcha varias sencillas nubes, que á manera de brillante ropaje decoraban la puerta por do saliera al otro hemisferio: el leva soplo de fresco céfiro murmuraba blanda y alegre despedida al astro esplendoroso, y las últimas oscilaciones de las ramas de los árboles parecían saludarle en su marcha. Las hijas de las Besas contemplaban tan interesante escena desde las puertas de sus casas, y gozosas con el fresco que las regulará tan deliciosa tarde del mes de julio, no advirtieron á tiempo la hora de temprano resagimiento á que su crítica posición las condenara. Así fué que entrándose la noche mas apriesa de lo que fuera menester, estendiéndose su negro y universal manto sobre los mortales, se vieron aquellas bruscamente acometidas por todas partes por aquellos miserables, quienes sin dilata tiempo para enterrarse y resistirse, irraban sus casas, y haciendo alarde de un valor que unas débiles mugeres habían despreciado tantas veces, á la manera que un gavilán hombrando se arroja sobre una inocente é indefensa paloma, se precipitan sobre sus víctimas con una insensibilidad de que ellos solos eran capaces. Penetrán en la mas recóndita de las habitaciones, registran los armarios y hasta las camas, entregan á las llamas cuantos libros conuales encuentran, destrujan todos los muebles, y con toda la insolencia y cinismo que inspira la maldad, se burlan de la indigencia y ruina de los inocentes á quienes tan vil y villanamente habían derruido. No satisfechos aun, insultan y apalean al pobre viejo, mallanán á los débiles é indefensos niños, aprisionan varias mugeres.

«Este nuevo é inesperado golpe acabó de aterrorizar á todos y destruyó todos los planes concebidos; el abatimiento mas completo sucedió á aquella actividad inimitable, y ya se pensó tan solo en abandonar unos lugares que solo presentaban á la vista las páginas de la historia mas sangrienta, y á la imaginación escenas de horror y espanto. No obstante, el amor al hogar doméstico hizo el último esfuerzo y obligó á aquellos infelices á humillarse y pedir perdón á tan execrables bandidos, quienes después de mil sarcasmos y desdenantes insultos, prometían no vengar ulteriormente mas que á los otros el pueblo de las Besas, dándose por satisfechos con la cara que habían hecho pagar la temeridad de sus moradores. Con esta seguridad trataron de acometer otra vez con ardor las interrumpidas faenas del campo y continuar sus viajes mercantiles: todos á su vez, todos sin distinción de edad ni sexo trabajaban á porfia, y pronto hubieron visto cicatrizadas varias heridas de su ulcerado corazón, en el genio del mal, que á buen seguro, en sus arranques de furor habría jurado la destrucción de las Besas, no se resolviera por fin á poner el sello á su obra de iniquidad, esterminalando á sus moradores, cual otro enjambre de abejas sacudido por un torbellino.»

Al llegar aquí nuestro venerable cronista, vióse su mente ahumada por el peso de la incusidad de tristesimas ideas; un sudor copioso bañaba su respetable rostro; las lágrimas acudían presurosas á sus hundidos ojos; se ahogó la voz en su palpitante pecho, y le fué preciso suspender su narracion por un momento. Mas represso algun tanto, enjugó su sudor y sus lágrimas, sus dedos hundieronse de nuevo en su caja, recomponiéndose en su poltrona, y apoyando la cabeza en su mano derecha, continuó de la manera siguiente:

«Bastante sabeis, amigos, los trastornos, las pasiones y calamidades de toda especie que trabajaron á esta desgraciada nacion en la época á que nos referimos: basta solo tener presente, que nuestro hermoso suelo fué por muchos años el campo de se habieron encarnizadoamente las tropas de varias naciones europeas; que en los innumerables azates de una guerra tan furia como sanguinaria, nuestros ricos pueblos eran de continuo invadidos y á menudo entregados al saqueo y al incendio por las huestes tanto de uno como de otro bando, y lo que peor es aun, la parte activa que en tal hora tomaron nuestros abuelos en aquella lucha de sangre y esterminio, dejándose arrear á veces por las mas viles pasiones y fomentando la mas espantosa guerra doméstica de que haya memoria en los anales históricos, para formarse una idea de lo que fueron aquellos desgraciados tiempos. En medio pues de tempestad tan deshecha, y cuando los pueblos, cansados ya de luchar y agitarse inútilmente entre las empuñadas olas de un mar tan borrascoso, solo esperaban su completa y universal ruina, una débil luz, aunque pálida y opaca, resplandecia la perdida esperanza, y hace confiar que no está lejano el día de paz, por el cual tanto suspiraban, porque no solo los sucesos de la guerra, sino tambien los cambios de la política europea, hacen prever que Felipe V será por fin declarado definitivamente rey de las Españas. Mas antes de que llegase tan venturoso y universalmente suspirado día, el pueblo de las Besas habia de experimentar una nueva catástrofe, que obligase á sus moradores á abandonarlo para siempre.

«Luego pues que las aguerridas tropas del mencionado monarca, mandadas por el inteligente Vendóme, el día 10 de diciembre de 1710, con la casi completa derrota de la formidable columna de Staremberg en los campos de Briniegá y Villavieja, se habieron sobradamente compensado de las pérdidas que los austro-catalanes les causaron en agosto del año anterior en las alturas de Almenar y campos de Zaragoza, y luego después que como consecuencia legítima de tan memorable jornada vió Felipe no solo salvadas las fuertes plazas de Lérida y Tortosa, sino que sus huestes se habian apoderado sin oposicion de las de Balaguer, Agramunt, Catab, Montblanc y otras, asegurando con esto la tranquila posesion de toda la parte occidental del principado; se dedicaron ya á mediados de 1711 á la persecucion de las partidas volantes, que tanto las habian incomodado. Los clamores de los habitantes de todos estos contornos, que hasta aqui parecian ahogados, penetraron hasta el trono de Castilla; y el esclarecido Felipe dió muy luego la orden de que se prestase la debida proteccion á los indefensos pueblos, procurando con especialidad el esterminio de la pandilla de Monsaut, que en su larga carrera de crímenes tantos males habia causado.

«Bastaron los primeros pasos para desconcertar aquellos cobardes; pero quien habia virado en el crimen preciso era que hasta la muerte dejara huellas profundísimas de su instinto brutal y sanguinario. En el terror que inundó el crimen, en todas partes veian solo enemigos, y el pánico que tanto mercedaban sus fechorias; todos los habitantes del pais eran considerados como espías, y ya en sus mas recónditas guaridas hablaban solo horror y espanto, presentándose siempre á su vista, cual formidable espectro, la venganza que los más ferizados pueblos en breve tomarian. Inútil es por demás decir que los cuatro vecinos de las Besas no podian pasar desapercibidos á los ojos de aquellos foragidos: algunos pasos, de seguro indiferentes, eran calificados de sospechosos; sus viajes mercantiles de medio indirecto y soldado para espiar sus movimientos, y en todo y por todo se les consideraba en continuas relaciones con el comandante militar de Lérida. Un pequeño desahorro que sufrieron en las inmediaciones de Paborda, fué el último golpe de gracia para el desahogado pueblo, en cuyo honor nos ocupamos ahora. Despechados en su retirada y atribuyendo la sorpresa recibida á algun error confidencial de aquellos cuatro infelices, que fueron siempre el blanco de su enojo, los esperan al paso, y aparentándose una fingida amistad los cogen desprevenidos, los atan fuertemente, y aquella misma tarde los llevan á un montecillo no muy distante de las Besas, y en el cual, por razon del dilatado campo que desde su cumbre se descubre, solian ellos colocar su guardia (motivo por el que se le dió el nombre significativo de *toral de la ancha*, que hasta hoy día conserva), y allí, sin dar oidos á sus lamentos y protestas de inocencia, fueron vil y cobardemente asesinados.

«No quedó aun satisfecha la ferocidad de aquellos coribos: habían bebido en la copa de la maldad, y debian apurarla hasta la última

gota. Cometidos los cuatro asesinatos referidos, con el fin de multiplicar el martirio que tal nueva habia de causar á los desamparados de las Besas, y en especial á las desgraciadas esposas, quisieron ser ellos mismos los mensajeros, y las manos teñidas aun en sangre, entraron con bulliciosa alegganza en aquel pueblo, maldito al parecer de Dios, y aparentando ignorar lo sucedido, tratan de arreglar un baile, al que obligan á comparecer á las mugeres, y allí, en medio de las acciones mas impúdicas y de las mas groseras y obscenas baladronadas que se dejan presumir, hacen vil alarde de su último crimen, dando cima con esto á su turquesima carrera de iniquidades. No bien tan fatal nueva habia salido de su impura boca, cuando un unánime grito de horror y un desmayo general se dejaron ver y oír en aquella sala. Espectáculo tan funebre y terrible no podia dejar de conmover hasta el corazon de aquellos malvados, y así es que horrorizados de su propia maldad se retiraron silenciosos del pueblo, y previendo sin duda el castigo que de muy cerca les amenazaba, aquella misma noche, llenos de espanto, faltos de consejo, y con el fin de eludir la persecucion de las tropas que ya por todas partes les iban al alcance, se dispersaron de tal suerte, que segun se oye ya jamás volvieron á formar cuadrilla; y así dispersos, vagabundos y errantes por entre selvas y riuicuelos, fueron por fin capturados, y subiendo al patibulo, dieron, aunque tarde, satisfaccion á la vindicta pública.

«Por otra parte, apenas vueltas en sí las heroínas de las Besas, mirábase silenciosamente unas y otras, y todas á la vez movidas como por un resorte espontáneo, van reuniendo la poca ropa y muebles que les quedaban, hacen para sí y para sus pequeños hijos su correspondiente atillo, y apenas amanecido toman con todo aruistas, y con el respetable cojo á la cabeza, marchan juntas y sin saber dónde, despidiéndose para siempre de unos lugares, que por las tristes y repugnantes escenas de que por tantos años fueran teatro, se habian hecho inhabitables. Después que la triste comitiva habia andado como unos tres cuartos de hora en direccion al pueblo de Aizi, ya las quejas y el llanto que á las mas tiernas criaturas arrugara el hambre y el estancamiento aumentaba el dolor de las desoladas madres, conocieron entonces mas que nunca todo el peso de su infortunio, y se vieron obligadas, con el fin de tomar algun descanso, á acercarse á tres ó cuatro casas que á su izquierda asomaban entre el espesor de un frondoso bosque. Cinco ó seis eran entonces y no mas los vecinos de Cerviá (tal es el nombre de las casas de que acabamos de hablar), los cuales, así que vieron acercarse aquella multitud, que cual otros israelitas habian la afroz persecucion de los nuevos egipcios, como por inspiracion adivinaron la desgracia é intencion de sus vecinos, y movidos por el impulso de natural compasion, se adelantaron á recibirlos con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos, pasando allí una escena tan tierna, que en vano tratara de expresar la lengua del más exaltado poeta. Los pobres vecinos de Cerviá ofrecieron generosamente su hospitalidad á los fugitivos de las Besas, quienes después de tan largo abandono y desesperacion toman con avides la primera mano amiga que se les presenta, y como fuese aquel el punto más á propósito para visitar fácilmente sus haciendas, determinaron establecerse allí provisionalmente; y con el beneplácito y ayuda de sus bienhechores se cortan árboles, se arrancan piedras, se cava tierra, con estos materiales se construyen chozas, y se establece una especie de campamento, en el cual aquel infeliz pueblo halla por fin la paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

«Instalados ya los hijos del ex-pueblo de las Besas en el término de Cerviá, y habiendo, junto con la memoria del desgraciado fin de sus padres, heredado tambien un nombre justamente indeleble, una notable actividad y un amor constante y sin límites al trabajo, no solo cultivaron desde allí sus antiguas herencias, sino que incansables, siempre pronto convirtieron los bosques de su nuevo término en hermosos y productivos campos, en amenos y abundantes viñedos, y en deliciosos y frondosísimos olivares. En poco mas de un siglo, las cuatro ó cinco casuchas de Cerviá, lo mismo que las chozas provisionales, se han transformado, como fácil es de ver, en mas de 250 casas de moderna construccion, las cuales, distribuidas en una plaza céntrica y cinco calles, todas menos una anchas, rectas y limpias, constituyen hoy día una hermosa y agradable poblacion. Su término, aunque generalmente montuoso, produce pan, vino y hortalizas para su propio consumo; pero lo que constituye su principal riqueza es la cosecha del aceite, que es sumamente abundante y de superior calidad. Se coge á mas bastante añis, garbanos y otras legumbres, se cria bastante ganado lanar y cabrio, y otros ramos de prosperidad pública, todos á la verdad muy florecientes. Pero lo que puede dar una idea mas cabal de la prosperidad siempre creciente de este laborioso pueblo, es el haber emprendido en 1835 y haber llevado á feliz término en solos doce años, y á pesar de las contradicciones de la época, la obra colosal, la obra régia de una grande y magnífica iglesia parroquial, cuyo acabado edificio consiste en una elegante nave central y dos colaterales, con tres grandes capillas mayores y ocho menores, adornadas ya

unas y otras con sencillos y hermosísimos altares de delicada y moderna escultura, obra del acreditado artista Don Félix Ferrer.

Y amigos nada más largo que decir os acerca de las ruinas sobre que me habeis interrogado: si su historia es, á mas de tierna y patética,

agradable y entretenida, juzguen vuestros despejados entendimientos y vuestros sensibles corazones; de mí sé decir que quisiera habérsela contado de la manera y en los términos que su verdad se merece, de la cual no me es dable dudar en lo mas mínimo por haberla oído mil-



El perro del aínó.

chas veces de boca de mi respetable abuelo, quien no solo había conocido á muchos, sino que hasta se había honrado con la amistad de algunos de los mismos que el último día de las Besas formaban parte de la triste comitiva que abandonaba silenciosamente sus hogares. Por otra parte, si conforme á lo que es natural en mi edad, he sido en mis relatos prolijo, os juro no ser en servirlos escaso, como si en

algunas queis mandarme podeis ahora mismo francamente probarlo. Asi dió fin á su discurso aquel anciano amable. Durante él estuvimos siempre pendientes de su boca, y confieso que enternecido en extremo, mas de una vez sentí mi corazón compungido y mi garganta ahogada, como tambien que una lágrima, rebelde á las órdenes de mi voluntad, mas de una vez trató de deslizarse por mi pálida mejilla.

Nos levantamos luego, dimosle las mas cordiales y sinceras gracias por su bondad, y nos despedimos de él con la deferencia que se merece un hombre por todos títulos tan respetable. Montamos en seguida en nuestras mulas, y después de algun tiempo llegamos con la mayor felicidad al término de nuestro viaje, donde cobijado á la in-

vincible necesidad de compartir con los demás las emociones que habia experimentado en los cepeados lugares, escribí en losca pluma y borroneé este artículo.

ANTONIO VILADOT Y SANUY.



El perro del criado.

## LOS DOS PERROS.

Por una parte se presenta la vida opulenta del perro del amo: por otra la humilde existencia de el del criado.

El primero está solo en el gabinete de milord; todo lo que le rodea

recuerda la distinción de la clase y de los hábitos. Aquí armas antiguas, recuerdos de algun ilustré antepasado; un precioso libro á medio cerrar, manuscrito, pruebas de estudios serios; un collar trabajado con primor se destaca elegantemente sobre la hermosa seda negra del perro aristócrata.

Mirad por el contrario á su oscuro compadre: atado á un poste y

colocado entre un par de botas ordinarias, un sombrero grisiento y una botella vacía, parece que resume en su desagradable fisonomía todas las miserias y desgracias. Dos patas zambas sostienen su cuerpo pesado, y por cima del collar de cobre que le oprime el cuello se levanta una cabeza en la que la expresión de la baja disputa con la de la malignidad. Ha perdido uno de los ojos en alguna riña de plaza, y con su lengua medio fuera, parece que hace un grito hurlón.

Pero estas diferencias que resaltan á primera vista entre los dos perros, son todavía mas notables para el que estudió sus hábitos: en tanto que el primero, fiel, sumiso, busca las caricias, obedece á la menor señal y respeta todo lo que se le prohíbe; el segundo, arisco y astuto, ladra sin cesar á su presa, no se sujeta sino á fuerza de golpes, y enseña los dientes aun á los niños! ¿Por qué tan opuestas costumbres? Preguntad la educación. Los defectos y buenas cualidades de cada uno de ellos nacen de la enseñanza; cada perro es la copia de su amo.

¿Pero los amos se han formado solo por sí mismos? En sus vicios, sus maneras, sus virtudes, ¿cuál es la parte que pertenece á las primeras impresiones y á lo que los rodea? ¿cuál otra á las lecciones ó á las necesidades?

Cuando se aprecian los resultados en el mundo, se omiten las causas por lo general: hombre ó perro se los juzga tal como son, sin investigar de donde vienen. ¿Cuántas enfermedades hay y nacidas de circunstancias importantes que era preciso conocer, y mudar si posible fuera! ¿Cuántos desórdenes fáciles de prevenir si se conociera su origen! Todos los seres de la misma especie, nacen con instintos comunes que la casualidad modifica cuando la educación se deja á la casualidad; pero estas modificaciones puede dirigirlas y vigilarlas la prevision humana: solo tiene derecho, sino también deber.

Para esto es preciso observar; lo que falta mas comunmente no es la buena voluntad, sino las luces. Se quiere evitar el mal camino para sí y para los demás, pero por falta de atención no se distingue y uno se reconoce el error hasta que se llega al fin.

Estas reflexiones no pueden atenuar la admiración hacia los virtuosos: lo que hacen es procurar indulgencia á los culpables. Para exigir que todos procurasen el mismo fin, era preciso que desde luego se fuera á todos el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos demasiado contra el perro de collar de cobre. Si ladra á todos los transeúntes, recordemos que no ha recibido otra enseñanza que burlantes puntapiés.

## SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ESTUDIO.

Tan vasto y espumoso es el tiempo que presenta á nuestra vista lo que es objeto de este escrito, que es sumamente difícil, si no imposible, lanzarse en él sin exponerse á tropezar cada instante. Existe desde muy antiguo una ciencia radiante y luminosa como el sol en el cenit: la historia. Esta es el rico arsenal en donde hemos de buscar los irrefragables testimonios sobre los cuales se cimentan nuestras opiniones. Preciso sería que ascendiéramos á las primitivas edades de los hombres; estudiáramos sus costumbres, usos, ritos y ceremonias, formando un paralelo entre estas y la actual humanidad, pues es nuestro deber que no de otro modo debe tratarse esta importante cuestion. Los primeros hombres, no cabe el menor género de duda que yacian envueltos en la mas crasa ignorancia: habitantes de las selvas, sus inclinaciones, sus costumbres debieron ser esencialmente bárbaras; no ocupados mas que en robustecerse y desarrollar la parte física, descuidaban absolutamente el enriquecer la otra noble que el Criador habiales concedido; ese destello divino que hace al hombre colocarse en una esfera superior á los demás seres que pueblan el espacio: el alma. Luego que estos, abandonando cuevas y riscos, sintieron brotar en su mente el espíritu de asociación que ya por algun tiempo germinaba, formaron pequeñas sociedades en las que el mas locuz atraía de un modo irresistible las miradas y atencion de los que le rodeaban; y reconociendo en él cierta superioridad sobre ellos mismos, nació en su pecho el deseo de lanzarse en la anchura y aménisima senda de la civilización, que le sabia mano del Omnipotente habia trazado en el día que pronunció las sublimes y misteriosas palabras, *fat lux*. Causó tristeza, ciertamente, verles en un estado de embrutecimiento siguiendo los feroces impulsos de sus concupiscencias, no abriendo mas que rencoros y odios, arrastrando una existencia de peligros, antagonismo y errores. Fatalidad que pesaba sobre aquellos desgraciados. La vista de un semejante suyo les asustaba; y si en su mirada lejan la expresión de alguna pasion violenta, apresuradamente marchaban á guarecerse en el seno de las rocas; sus manijeres eran los que la provida naturaleza les suministraba. Recostados sobre las peñas, veían con asombro á la cándida y rosada aurora que

asomaba en el Oriente en faz risueña, y á la hora en que el sol aparecia grande y majestuoso, se prosternaban, y cediendo á un instinto religioso, elevaban al Criador plegarias desde el fondo de sus corazonas. Ocupábanse únicamente en preocupar robados, sin conocer la inagotable mina de riqueza que en sí encerraban; no habiendo nacido las artes ni conocido su aplicación á la humanidad, únicamente se cubrian con el ropaje que Dios les habia dado cuando entraron en este inmensurable espacio que llamamos mundo. ¡Cuán triste y desconsolador es el cuadro que nos presenta la humanidad en el estado de barbarie de sus facultades intelectuales, ó mejor dicho, en su estado primitivo! Verdaderamente que los que hemos tenido la inefable dicha de haber nacido en el siglo XIX, debemos vanagloriarnos, y con la frente erguida dar gracias al Ser Supremo, de haber alcanzado esta época de civilización. Ya hemos visto aunque en bosquejo los primeros hombres en su estado natural. Alcanza pasemos á ver el hombre de la civilidad. Las ciencias, las letras y las bellas artes se hallaban ya mantillas, cuando los genios que brotaron en la sociedad se apoderaron de ellas, estudiaron con profunda atencion la naturaleza, y encontraron sus leyes fijas é invariables: le siguió el arte. Inventose el estilo (1), y viendo que propio creaprecian los caracteres, aguzado el ingenio, encontraron los troncos de ciertos árboles, donde los signos fuesen mas estables; pero esto no satisficiera los deseos de los hombres. La sociedad avanzaba cual impetuoso torrente, la luz de la revelacion habia iluminado la humana inteligencia, y sus vivos y esplendentes rayos habian de fascinar á los que les miraran. El pensamiento deseaba ser eterno como la creacion y Dios: en el libro inmenso de la humanidad habia escrito un nombre, el de *Auttemberg*. Vedle cual se eleva majestuoso, y con alta voz proclama que ha inventado el arte de imprimir. En el mismo instante comunica un grande impulso á la inteligencia; de polo á polo se difunde la palabra, y queda inventado el modo de eternizar nuestros hechos en todos los ramos del saber humano. Aquí la imaginacion se abate, y admirando el poder del gran invento, se anonada, y conoce que el paso que se ha dado en el camino del saber es inmenso, incalculable. Y lo que poco antes eran pergaminos, se convierten en libros. Visitad esos establecimientos de instruccion primaria y veréis bullir y agitarse un plantel de niñas, que atentos á la lectura y la explicacion del preceptor, estan con el corazon abierto, dejando dar paso á las saludables y sublimes máximas de la religion, y la mente enriqueciéndose con los raudales hermosos del saber. Vedles con la frente levantada ojear con presteza un libro, leyendo en alta voz, como queriendo expresar con esto que allí está el pensamiento escrito, y que él posee un medio de comunicarlo: este es la lectura, el estudio. Seguid á esa juventud en todos sus pasos, y la vereis entrar en las universidades, fuentes inagotables del saber; en las cátedras oyendo la sabia voz de los preceptores. Vedles terminar el estudio de lo que llamamos filosofia. Perplejo el ánimo, sin conocer la mision que el Criador les ha confiado, radis en su mente una luz y le dice *jurisprudencia*, y vede en el firm apartar del borde de la tumba al infeliz que en un acceso de cólera, cuando su razon se hallaba embotada, humió el acero humida en el pecho de su semejante. Vedle después en la tribuna parlamentaria, vertiendo á torrentes su pámosa erudicion, ozcitar las paredes y columnas del santuario de las leyes, hmbolcar los troncos, y últimamente derrocarlos, hasta que salidos de quicio se precipitan en una sima. Ved en el hombre científico un destello divino, y miradle con el limon del estado en la mano, dirigiendo millones de habitantes, otro oye una voz que resaca en sus oidos y le dice *teología*. Vedle en las aulas iniciarse en los mas sacrosantos misterios de la divinidad; vedele ascender estratos á la sagrada Biblia, y con estremaada fe defender las sublimes máximas del Catolicismo; vede en fin terminada su carrera teológica, y colocarse en la cátedra del Espíritu Santo derramando un bálsamo consolador en el pecho de los oyentes, inculcándoles sanas doctrinas; y para que repais la grande influencia del saber y del estudio, un pueblo antes corrompido por la inmoraldad, por la disolucion y por los vicios, entrar poco á poco en la senda de la virtud y de la religion. ¿A qué se debida esta metamorfosis, este repentino cambio de ideas y de costumbres? ¿A la voz del saber; y únicamente, vede colocado en la sagrada silla del papado que posa la primera piedra en el sublime edificio del Catolicismo; ¿Responde, quién de la oscuridad ha elevado á ese hombre hasta esa inencombradísima position? el saber y solo el saber. Ved al otro que arreglando las fiseses á una proporcion simétrica, habla el lenguaje de Dios; observadle en los campos estasiado á la vista de una flor; al suave murmullo del riachuelo que blándamente se desliza bajo sus plantas, en medio de la tempestad fijar la vista en las nubes, que cual roballos sin freno se precipitan unas sobre otras; con la historia en la mano vivir idealmente en épocas remotas, y cogida la pluma escribir un poema absorbiendo la atencion de la humanidad; ¿en donde está la causa de la adquisicion

(1) El Sr. Goyens de pascos con que escribían los antiguos.

de tantos conocimientos? en dónde? En el estudio. Entrad en esos grandes talleres, y en ellos encontraréis una multitud de hombres de entendimientos obtusos, dirigidos por un inteligente; oíds el incessante ruido que producen las máquinas; aquí uno que está observando, allá otro que corre, vereis el vellón de la lana en bruto, y á los pocos momentos, esta lana convertida en un fino y riquísimo paño, ¿á qué es debido este movimiento feliz? al estudio. Entrad en el gabinete del diplomático, y le vereis con la pluma en mano, resolver algun problema social de interés grande para las naciones, evitando con este medio torrentes de sangre. ¿A quién debemos este inmenso favor? solamente al estudio. Observad al matemático que absorbo en profundas meditaciones está dando solución al importantísimo problema de conciliar la velocidad con la comodidad, y héle que de repente, cual otro Arquímides, sale gritando: *el trovón*, ya lo he hallado, cuando vemos su frente espaciosa iluminada por brillante aureola, y al través de sus ojos la llama del genio que escita en su mente. Este gran invento que redunza en beneficio del mundo entero, que hace cortas las grandes distancias, que hace que hombres de otro hemisferio se asocien unos con otros, formando una revolución en el mundo social y de las ideas; ¿á qué es debido? al estudio. Tended la vista mas allá y vereis al juriconsulto que consagra una gran parte de su existencia al conocimiento de las leyes; observa la humanidad en sus diferentes fases, desenvuelve hasta los pliegues mas recónditos del corazón humano, estudia sus pasiones, y dictando una sola ley, establece la moralidad y el bienestar de sus habitantes: ¿á qué atribuiréis todo esto? al estudio que tiene hecho. Entrad en el templo de Melpómene y Talía; asistid á la representación de un magulico drama, en el que vereis reproducidas vuestras ideas, afectos y costumbres, recorriendo todos los tonos de la pasión, tan pronto bañando vuestro rostro dulces lágrimas, tan pronto rehusando de placer el corazón, cuando á los pocos momentos os entregáis á toda la fuerza de la desesperacion, y de repente, como por ensalmo, podis estardórame con una salva de aplausos que salga el autor de aquella producción, tributándole espontáneamente una brillante ovacion, convirtiéndose el escenario en un vergel con los ramilletes y coronas que á sus plantas habeis arrojado. Este hombre á quien veis rodeado de gloria, ¿á qué debe ese entusiasmo que se apodera de vuestros corazones? solamente al estudio. ¿Cuán inmensa no es la distancia que separa á una nacion culta de otra que no lo es! Echad una mirada retrospectiva sobre nuestra edad dorada, y vereis á la potente Iberia, que descuella sobre las demás naciones, noble y orgullosa, como la gallarda palmera en medio de plantas raquíticas. Vereis sus armadas en medio de las agitadas olas del Océano imponer respeto al mundo; vereis esos genios, que azombran las generaciones con los portentos de su imaginacion: fray Luis de Leon, Herrera, Rioja, y otros que seria prolijo enumerar; ¿á qué debiamos nuestra preponderancia sobre las demás naciones, siendo la señora del arte? al estudio. ¿A qué debió Colon su fama europea? á las grandes vigiliat que habia consagrado al estudio. El inmortal ciego de Suirna, el autor del gran monumento épico, ¿por qué se vio aclamado por toda la Grecia, hasta disputarse siete ciudades su nacimiento, y mirado en el día como el primer poeta épico del mundo? por el estudio. Demóstenes, ese modelo de elocucion, que cantado sobre una roca conmovia las masas, y arrastraba en pos de si miles de hombres; ¿á qué debió su gloria? al estudio. Virgilio, ese cantor de Troya, que supo platicar al valiente Aquiles con tan vivos colores, siendo una de las lumbreras mas radiantes del páramo, ¿qué fué lo que le elevó á esa inmensa altura en que hoy le vemos? el profundo estudio que habia hecho de la antigüedad y de sus contemporáneos. El grande é inmortal Cicerón, que sentado en los escaños del senado, á su voz temblaban los senadores, y el puñal del homicida caía de las manos, teniendo un inmenso auditorio como pendiente de sus labios; ¿de dónde nació esto? ¿á qué es debido que sus obras sean reputadas como dechado de elocucion forense y parlamentaria, siendo la imogtable fuente en donde han de beber todos los que deseen ocupar un distinguido lugar, tanto en el foro como en el parlamento? solamente el estudio. El autor de *La Jerusalem liberada*, el autor de *La divina comedia*, Petrarca, Ariosto, Erilla, Milton, Calderon, Lope de Vega, Cervantes y otros, ¿á qué deben su gloria? ¿á qué debon que su nombre viva en la memoria de las generaciones y les tributenos una especie de idolatría literaria? solamente al grande y profundo estudio que hicieron. Ved aquí, aunque en bosquejo, la gran diferencia que hay entre el hombre estudioso y otro que no lo es; el gran papel que desempeñan en el mundo las naciones cultas sobre las que no lo son. Por lo tanto, alentémonos, y consagrando los mejores momentos de nuestra existencia al estudio, radién en nuestra alma la luz de la inteligencia, aproximándonos á la divinidad, pues es sabido que cuanto mas ricos seamos en conocimientos, tanto mas la conoceremos, y ocupando algun día entre nuestros semejantes una esfera superior, subamos al templo de la inmortalidad, cuyas puertas están continuamente abiertas.

JOSÉ MORALES y SANZ.

## LOS SAPATOS DE LA INFANTA.

(Continuacion.)

VII.

De cuanto os estoy relatando, amados niños, habiase penetrado Orfelina: en cuanto á su acompañante, preparábase á ver un milagro parecido al de los naufragos.

No tardó esto en verificarse: el invisible tacto del junco abrió los ojos al desdichado ciego, é hizo llorar de alegría á su inocente hija. Mirábase ambos con una expresion indefinible de felicidad y asombro: nada de cuanto pasaba alcanzaban á comprender, y estaban tentados á creer un horrible sueño y nada mas, todas las angustias pasadas.

Lanzados uno en brazos del otro por la irresistible fuerza de aquella situación tan imposible de describir, fueron sacados de sus ardorosos éxtasis por un nuevo golpe mágico... por la aparicion del donado y esperto jóven asociado con el viejo John en los vastos proyectos á que se habian arrojado para buscar su gloria y la de su nacion.

— ¡Velli!... exclamó el anciano.

— ¡Juan!... respondió el jóven, arrojándose á los brazos del viejo.

— ¿Qué es lo que por nosotros pasa en esta noche?... Pero, ¡ah! no me acordaba: ¿Sabes que he descubierto al fin ese arcano que debe asegurar nuestra felicidad?... ¿Sabes que he descubierto las vias mas rápidas para el curso de nuestros buques? ¡Qué revolución en el comercio! ¡Qué cambio en el porvenir de las naciones!... Mas... ¿adónde están mis cartas geográficas?... ¿Qué es esto, hija mia!... Y mis cartas geográficas?... ¿no lo oyes?

— Señor, ¿qué me decís? respondió el jóven: ahí estaban ahora... ahora mismo... Pero, ¿qué es lo que ven mis ojos?... oro... oro... ¡Dios mio!...

— ¡Y es cierto!... prorupieron los dos marinos al contemplar dos grandes pilas de oro que cubrian un gran papel, sobre el cual se veian escritas estas palabras en gruesos caracteres:

«Dejad los descubrimientos, dejad la gloria: los descubrimientos... la gloria, serán la muerte para vosotros. ¿No habeis sufrido bastante por esa quimérica ambicion? Tomad... sed ricos... sed felices... dejad al destino que señala los arcanos de la naturaleza, que aun no conviene arrojar al mundo como patrimonio de su ambicion.»

VIII.

Lejos de aquel lugar en que los mas encontrados efectos se verificaban por la fuerza de tan estruendos sucesos, se encontraba la infanta y su jóven acompañante, quien habia tomado por orden de aquella una de las monedas de oro que habian servido para enriquecer á John y su familia.

Habian llegado ambos á una apartada region, atravesando comarcas y aun mares, y la noche se habia convertido en delicioso día.

Pájaros cantores poblaban los bosques y revoloteaban jugueteos por los árboles; riuuelos bulliciosos serpenteaban por las colinas; jardines perfumados alombraban aquel privilegiado terreno.

Asombrado el jóven de la riqueza de aquel mundo, en que el día parecia mas diáfano, el aire mas suave, la vegetacion mas delicada, preguntó:

— ¿Adónde nos hallamos?

— Estamos en la hermosa Italia; estamos en el país de los encantos.

— ¡Ah, señora!... exclamó el jóven: ¿por qué no hemos de quedarnos en esta deliciosa región?... ¿Por qué no abandonamos el resto del mundo por un solo rincón de este país privilegiado?

— Porque pertenecemos al universo.

El jóven guardó religioso silencio á aquella respuesta, que caerá no impenetrable misterio.

— ¡Porque pertenecemos al universo!... repitió; y el examen de este arcano estaba á punto de arrebatarle del alma la pura alegría que en ella habia hecho surgir aquel día, aquel país.

De repente bálase en su camino al frente de un esplendoroso palacio; sus puertas de bronce, francas, aunque guardadas por numerosos criados; convidaban á penetrar en aquel sitio para contemplar maravillas.

La infanta penetró invisible en aquel templo de la ostentacion humana, y el jóven la siguió mudo de asombro.

Al tacto de la vara mágica, una estancia ataviada con magnificencia augusta quedó franca ante los estupefactos ojos del jóven.

Vacilante entre la contemplacion á el examen de aquella riqueza, acaba por quedar sturdido ante una mágica y vaporesca vision.

Dos apuestas damas, suavemente colocadas en cojines de terciopelo con franjas y elayos de oro, mirábase risueñas como la seducción, frescas y sencillas al propio tiempo como una mañana de abril.

IX.

El joven, mudo de entusiasmo, iba á dirigir la palabra á ambas bellezas; pero contávoles una mirada de Orfelina.

Orfelina se despoja del albornoz que la constituía invisible, y entregándolo á Alibar, dirigióse á aquellas sonriente y acelerada.

—Hermanas mías, las dice, poró tiempo debemos estar hoy reunidas.

—¡Será posible!... exclamó la mayor; cuando os estábamos esperando para consultaros nuestra conducta para con los menesterosos, que nunca sin vos acertamos á clasificar ni á premiar con acierto.

—Pues bien, hermanas mías; marchad reunidas en vuestros pasos: que la Paz asociada siempre de la Riqueza, recorra las cabanas del pueblo, examine los dolores de la opulencia, calme las enfermedades del justo, y haya piedad del género humano.



—¡Pero sin tí, hermana nuestra, dijeron á la vez la Paz y la Riqueza; qué haremos sin tí? ¡Qué haremos sin la Caridad?

—La Caridad va en vosotras, hermanas mías; en vosotras que comprendéis mis instintos, que concebís mis sentimientos, que obráis según mis costumbres. Las tres reunidas, Paz, Caridad y Riqueza, somos el bálsamo de la humana especie; empero aunque separadas, cuando tan identificadas nos hallamos en nuestra triple naturaleza, no hay temor de que fallemos al deber que nos ha impuesto el Criador al enviarnos al mundo. Obrad pues, hermanas; que yo apruebo vuestras obras. El amanecer está próximo en mi país; y ahora que os he dado mis instrucciones, debo volverme al palacio en que plugo hacerme nacer á la Providencia, personificando en mí en carne mortal, el pensamiento mas dulce y bello de la creación.

Dijo, y una trasformacion mágica y peregrina aconteció entonces á los ojos de Alibar.

Habia desaparecido el palacio; habíase disipado la suntuosidad, y la riqueza de sus salones; la belleza de sus muebles, el perfume de sus ámbitos.

La vara mágica de Orfelina hizo desaparecer hasta el último vestigio de aquella fábrica: ni quedó visible la menor piedra, ni podría calcularse el sitio en que el palacio se había alzado orgulloso y prepotente.

En su lugar quedó una pradera umbrosa, regalada con las flores de la primavera, y con los perfumes naturales de las hojas, que aparecían tiernas, aun al empezar á desarrollarse, bajo la influencia de un sol de mayo.

Una tropa de jóvenes pastoras recorrian aquel ameno sitio, bailando y cantando al son de instrumentos silvestres, tañidos con sentimiento y espresion dulce y delicada.

Formando caprichosas ruedas, haciendo entre sí enlaces vistosos, y sosteniendo en el centro como heroínas de la fiesta, á la Caridad á la Paz y á la Riqueza, ataviadas con blancos y ligeros vestidos, rendían el homenaje de su reconocimiento, porque aquellas pastoras representaban allí los votos de las desgraciadas almas á quienes la influencia de la vara mágica de Orfelina, ó el rocío benéfico de la Paz, ó los raudales dorados de la Riqueza, habían salvado del mal estar.

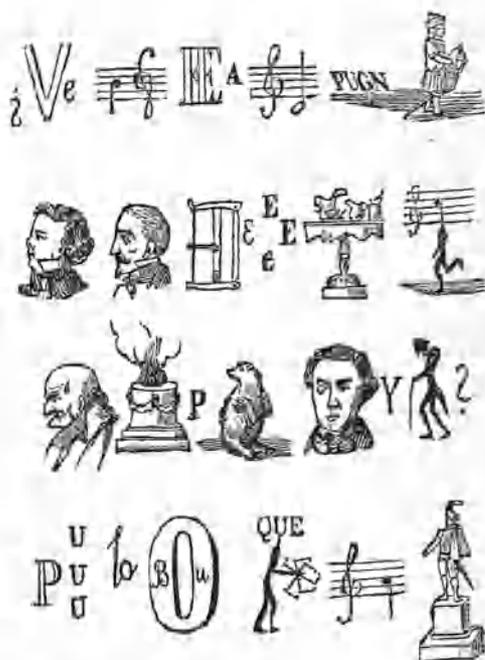
Pero Orfelina era la verdadera reina, y Orfelina fué la que obtuvo honores mas brillantes de la bulliciosa tropa.

Una linda pastora habia formado una hermosa guirnalda de las

flores de aquel pensil, y separándose del corró en que constituía parte con sus compañeras, presentó á las tres hermanas, Caridad, Paz y Riqueza, su bella y perfumada obra.

(Concluirá.)

## JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albarran.